

En el momento en que Matifay daba la mano á Cipriana para subir al carruaje, exclamó :

— ¿Dónde está vuestro devocionario?

Cipriana reparó entonces que tenía las manos vacías.

— Lo habré tal vez dejado en la sacristía, dijo.

¡Un libro que había costado quinientos francos! — Verdaderamente los millonarios no reparan en el dinero, pero no les gusta verlo perder.

— Es menester buscarlo, replicó Matifay.

Este incidente dió lugar á un pequeño retraso.

Pero en seguida un hombre vestido con traje de artesano bien acomodado, se abrió paso por entre la apiñada multitud de convidados y curiosos, llevando el precioso libro en la mano.

— Aquí está el libro, dijo, yo había visto bien en donde lo había puesto la señora un momento antes de firmar en el libro.

Matifay se preparó noblemente á dar al hombre una gratificación de cinco francos.

Pero el artesano, que no era otro que nuestro amigo Jacquemin, rechazó con disgusto así la moneda como la mano que se la daba.

— Gracias, dijo; además, el libro es de la señora, y yo quiero tener el gusto de entregárselo en su propia mano, porque se me figura que esto me hará afortunado en mis amores.

Quizás este lenguaje era un poco atrevido, pero la fisonomía de Jacquemin era tan franca y tan honrada, que Cipriana se sonrió y tomó su libro diciéndole :

— Gracias, buen hombre, haciéndole como recompensa una graciosa cortesía.

El libro estaba encerrado en un rico estuche, y al abrirlo maquinalmente, Cipriana sintió la punta de un billete metido entre el forro de terciopelo del estuche y la cubierta del libro.

Este billete la hizo estremecerse, pues pensó que sin duda debía contener la explicación de la ausencia y singular abstención de los amigos desconocidos.

Pero como Matifay, sentado en el coche, en frente de ella, la devoraba con la vista, no podía abrir el libro ni leer el billete que encerraba, sino despues de haber llegado á casa.

Tan pronto como se apeó del coche y pudo verse libre de los cumplidos y enhorabuena que todos á porfía la daban, corrió á encerrarse en su cuarto.

El billete no contenía mas que una sola línea, pero una línea que era la respuesta exacta de todas sus angustias y congojas y hasta de sus cóleras y tristezas, como si la que había escrito este billete hubiese podido leer hasta en el fondo de su conciencia.

Esta línea decía :

« No acuseis á nadie. Mostraos animosa. Estais salvada.

» Condesa de MONTE-CRISTO. »

XV

UN RESPLANDOR, UN RAYO DE LUZ Y UNA SOMBRA.

El primer impulso que experimentó Cipriana despues de haber leído este lacónico billete, fué el de entregarse á una alegría delirante, no tanto por la afirmación que contenía de « estais salvada », sino porque venía á probarle que todas sus sospechas habían sido injustas y mal fundadas.

¡Es tan doloroso y causa tanto mal el verse uno obligado á acusar á aquellos á quienes ama!

El resto del día lo pasó en aquella especie de embriaguez que no la abandonaba hacia algun tiempo, embriaguez que podriamos llamar de la esperanza.

Pero aquel día tampoco vino nada de lo que aguardaba.

No podía estar quieta en un lado un solo instante, y le parecía que si no se acababa pronto aquel angustioso estado, concluiría por matarla.

Se sentía mas tranquila, ciertamente, algunas horas antes, cuando creía que su desgracia se había consumado por completo.

Semejante á un trabajador que sepultado y cubierto de tierra por el hundimiento del terreno en que trabajaba, sintiendo que le va faltando la luz á sus ojos, el aire á sus pulmones, el espacio á sus miembros aprisionados y encogidos, se dice : « Estoy perdido » y se prepara á morir, persuadido de que es inútil gritar ni hacer ningun esfuerzo para salvarse.

Pero que oyendo á través de la tierra amontonada el ruido sordo de las libertadoras azadas, se apodera de él un deseo frenético de librarse y de vivir, y mordiéndose los puños de impaciencia ahora, cuando hacia un momento estaba tan tranquilo y resignado mientras creyó perdida toda esperanza, exclama :

— ¡Qué lentamente y qué despacio vienen!

Ya no era por semanas ni por días que contaba Cipriana, era por horas. Y á la salida de la comida, que fué sumtuosa, era ya por minutos.

Pero nada, siempre nada.

Entonces Cipriana debió comprender que los amigos desconocidos la prescribían que se defendiese por sí misma, y toda ruborizada descubrió el sentido y significación de aquella segunda recomendación que le hacían diciéndole : « Mostraos animosa. »

Con los codos apoyados sobre una mesa y enteramente indiferente á cuanto la rodeaba, como si no fuese la heroína de aquella fiesta, se hallaba meditando así en el momento mismo en que iba á principiarse el baile.

De repente se estremeció y se puso encarnada al sentir el contacto de una ardiente mano que se posó sobre sus hombros desnudos.

Semejante contacto le pareció que era una grosería y un insulto.

Se volvió vivamente y se halló con el rostro del baron Matifay, en el que se dibujaba una sonrisa algo forzada.

La orquesta se hallaba ya colocada en el estrado, y Matifay venía á reclamar sus derechos, — los de la primera contradanza.

— ¡Valor! se repitió despacio á sí misma Cipriana para tomar ánimos, y abandonó su mano delicada y aristocrática á la gruesa mano cuadrada del baron.

Mientras duró la primera cuadrilla, se fué reponiendo poco á poco y meditó casi con sangre fría la conducta que debía seguir.

Las grandes desesperaciones tienen algunas veces esos momentos de una placidez engañosa, de esa calma que parece indiferencia y de esa tranquilidad que mata.

Tomó pues su partido. Matifay le había prometido no sé qué paternidad bastarda. Le reclamaria el cumplimiento de su promesa, se arrojaría á sus piés, le juraría que haría esfuerzos para amarle de otra manera... mas tarde; pero por el momento le pediría que la perdonase y le concediese gracia.

Sentía que sería bastante elocuente para defender su causa, y sería preciso que este hombre no tuviese entrañas si no llegaba á ablandarse y á ceder.

Echó una mirada tímida sobre él al soslayo, y se estremeció de los piés á la cabeza. Comprendió.

Comprendió que por esa parte no había que tener la menor esperanza.

El baron la devoraba con la vista, le echaba aquellas mismas miradas con que la estuvo contemplando la noche en que se presentó por primera vez en los salones en donde reinaba la condesa de Monte-Cristo.

Vió claramente que para él nunca sería ella una hija, como hipócritamente se lo había prometido, ni aun siquiera una mujer respetada, sino una presa.

Y aquel ardor, que en un amor mútuo es tan tierno y el respeto casi religioso con que va acompañado, le pareció escrito en todos los gestos y ademanes de su nuevo dueño con caracteres groseros, vulgares y brutales.

— ¡Ah! pensó entonces, ahora sí que estoy perdida.

Y aquella calma espantosa de las resoluciones que había tomado, y de la que hemos hablado, se condensó como una niebla glacial al rededor de su corazón, y se dijo :

— Me mataré.

Durante este tiempo, la orquesta hacia oír sus melodías. El resplandor de las arañas y candelabros hacia brillar con mil colores diferentes y atornasolados las telas, los encajes, las flores, las joyas y los cutis suaves y delicados de las mujeres, esas otras flores vivas y mas atractivas que las de los jardines y los campos.

Cipriana no estaba ya en la sala del baile, y también Matifay había desaparecido.

Pero no por la ausencia prevista de los dueños de la casa dejó de continuar la fiesta tan animada como antes.

Sin embargo, durante el intervalo de una polka y de una contradanza, se oyó un grito de repente, un grito horrible que traspasó los techos, los tabiques, las colgaduras; grito tan agudo y tan horrible, que hizo quedarse á cada uno de los que lo oyeron en la posición en que se hallaba, suspendiendo sus ademanes, sus gestos y palabras y deteniendo la respiración, como vulgarmente se dice, para escuchar mejor.

Se hubiera dicho que el gran salon del baile se había transformado en la sala de baile de la *Princesse au bois dormant*, en el momento en que el hada encantadora acaba de extender su mágica varita.

A aquel silencio, que no duró sino algunos instantes, pero que á algunos les pareció ser de algunas horas, sucedió el murmullo confuso de mil conversaciones en voz baja.

Despues vino un brusco y apresurado movimiento hacia las puertas de salida; el terror y la curiosidad se superponían á todas las reglas de la etiqueta : todos querían saber lo que ocurría.

Y aun hubo algunos que se atrevieron á expresar claramente el pensamiento secreto que estaba en la imaginación de todos, y gritaban :

— ¿A quién se asesina aquí?

El grito parecía venir, ó de la habitación particular de Cipriana, ó de la de Matifay.

Se empezó la investigación por la de este último, y no se encontró en ella nada de extraordinario.

Solamente el curioso que fué mas atrevido y entró el primero con una bugia en la mano en el corredor de comunicación entre los cuartos del banquero y de Cipriana, retrocedió pálido y asustado y balbuceando :

— El baron...

— ¿Qué hay? preguntaron cincuenta lenguas á un tiempo.

— El baron está ahí.

Y con la mano señalaba la galería de comunicación, á la que se precipitaron los curiosos.

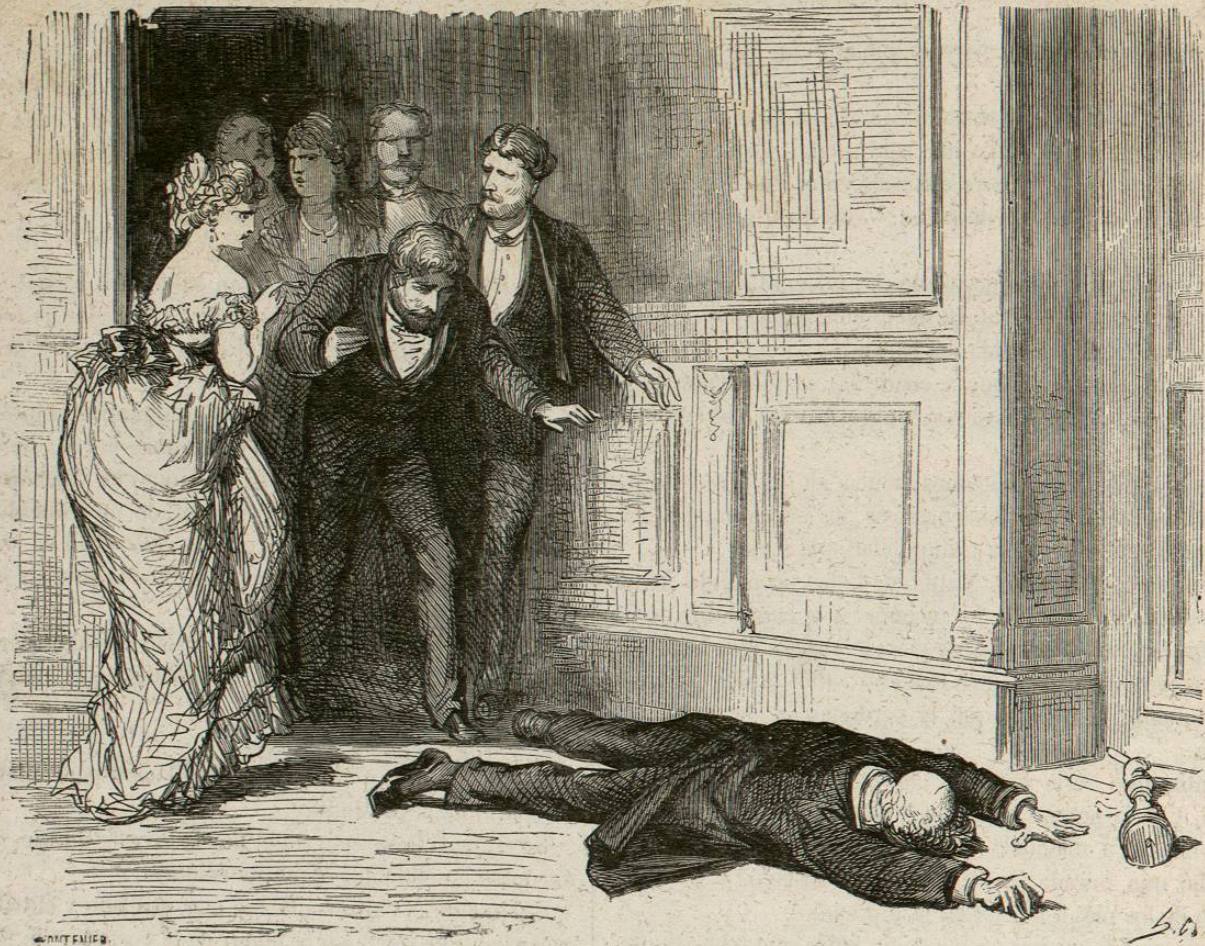
La gente no cabía ya ni en el cuarto dormitorio, ni en los inmediatos, en donde se había aglomerado.

El salon de baile había quedado enteramente desierto.

Y por encima de este aluvion de gentes que ocupaban hasta las escaleras, agarrándose á las barandillas de hierro cinceladas, iban y venían las noticias de arriba abajo, desfiguradas, engrosadas como esos restos flotantes de una embarcación que ha naufragado, cubiertos de paja y de yerbajos que aumentan su volumen á medida que el mar los va arrastrando.

Así, arriba se decía que habían encontrado al baron Matifay tendido por tierra cuan largo era, con el rostro pegado contra el suelo, en medio del corredor, con su palmatoria hecha pedazos á su lado y llenos sus vestidos y su cara de gotas de cera.

Abajo se decía simplemente que el baron había sido asesinado; y no faltaban gentes de imaginación que, tomando



Tendido por tierra cuan largo era.

este acontecimiento por punto de partida, habían arreglado ya sobre él una bonita novela.

Solamente que estos, los bien informados, se dividían en dos clases.

Los unos decían que el barón había sido asesinado por su joven esposa; los otros, que lo había sido por el amante de su mujer.

Y la verdad era que el barón no había sido asesinado por nadie.

Sino que se había caído simplemente, atacado quizás de repente por alguna congestión cerebral ó por cualquier otro accidente de esta naturaleza.

El doctor Ozam, que se hallaba entre los convidados, hizo salir las gentes del corredor, cuyas puertas mandó cerrar, y empezó á desempeñar su humanitario ministerio.

Desde luego, en el primer exámen que hizo, reconoció inmediatamente que Matifay no estaba muerto, sino simplemente desvanecido, y haciéndolo colocar sobre el diván que guarnecía toda la longitud de la galería, comenzó á suministrarle la asistencia y primeros socorros que su estado exigía.

No dejó arrimarse á aquel lecho improvisado sino á las per-

sonas absolutamente indispensables para ayudarle, y rogó á las demás que se retirasen, lo cual le valió el ser tratado de charlatan por los curiosos despedidos y chasqueados.

Cipriana, mil veces mas hermosa con sus cabellos destrenzados y su palidez mate, se había colocado á la cabecera del paciente.

Este acontecimiento, que para todos, aun para el médico mismo, no era sino efecto de una causa natural, para ella era debido á los amigos desconocidos, y no sin algun terror pensaba y se decía :

— ¿Es posible que sea su poder tan grande que se extiende hasta sobre la apoplejía y la muerte?

Matifay abrió sus ojos moribundos, y enderezándose convulsivamente, con la mirada extraviada, los cabellos erizados, señaló un punto de la pared, exclamando :

— ¡Allí! ¡Allí!...

Un curioso se dirigió al punto de la pared indicado, lo golpeó en todos sentidos, y el sonido era lleno y mate como el de una pared sólida y compacta.

— ¡Era una vision! suspiró Matifay, tranquilizado con aquella prueba.

— ¿Vision de qué? le preguntó despacito el doctor Ozam.

Pero Matifay no quiso responder, y los curiosos tuvieron que contentarse con aquella explicacion insuficiente y confusa :

« Es una vision. »

Trasladaron al enfermo á su cuarto, pero aun cuando su estado no fuese alarmante ni de gran cuidado, no quiso que lo dejaran solo ni un instante, y durante su sueño, que fué bastante tranquilo, la persona que lo velaba advirtió que movía los labios como un hombre que está rezando, y que en esta especie de oracion, repetía un nombre á cada minuto :

— ¡Elena! ¡Elena!

XVI

EN EL CUARTO DE MADAMA LAMOUROUX, RENTISTA.

Este cuarto está alfombrado, entapizado y tan caliente como un nido.

En el hogar de la chimenea se ve arder un fuego alegre, cuya llama se refleja caprichosamente en las colgaduras y en el cortinaje, coloreando de vez en cuando, con sus resplandores de un reflejo sonrosado, el blanco mate del reló de mármol que está sobre la chimenea y los vasos de China llenos de flores artificiales.

Estamos pues en aquel mismo cuarto en que ya hemos introducido al lector acompañando á Ursula.

El cuarto de madama Lamouroux, rentista y propietaria.

No se oye el menor ruido, — nada mas que el chisporroteo de la leña que arde, que algunas veces se parece al de una carretilla de cohetes, y el respiro acompasado y casi imperceptible de una niña que está durmiendo en el interior de la alcoba, á la extremidad del cuarto.

La niña dormita tranquilamente, y su pequeñito y enmagrecido rostro está casi oculto entre los pliegues y huecos de la almohada.

Se diría que era una muñeca que mamá, por divertirse, ha acostado como una señorita, en la cama grande, en vez de ponerlo en la cuna.

Sí, es en verdad una niña; la sonrisa de su sueño es de una ingenuidad que encanta; pero una ligera arruga que se advierte en su frente y las anchas venas azules de su garganta descubierta, causan tambien una tierna y desconsoladora tristeza.

¡Pobre Pippione!

Duerme, sonrie, sueña. Hace quince dias que se adormece en un descuidado bienestar.

La pobre criatura ha sufrido tanto, que las mas simples caricias, las mas indiferentes atenciones que se la hagan, le parecen cosas del paraíso.

Los seres desconocidos que flotan como la niebla por encima de su cabecera y se pasean por el cuarto con pasos amortiguados por el mullido espesor de la alfombra, se le figuran ángeles.

Hace quince dias, desde aquella noche de terror y espanto en que vió á su pobre Mistigris con la cabeza aplastada en las baldosas ensangrentadas del cuarto, su vida no ha sido, por decir así, sino un sueño continuado.

Uno de esos sueños que se procura hacer durar, por el encanto que en si tienen.

Algunas veces, al levantar sus pestañas, ha visto inclinados sobre su cabecera los rostros simpáticos de algunas personas : de tres solamente.

El de una señora anciana, con vestido de color de hoja seca, y cuyos largos rizos á la inglesa, de color rubio de lino, le caían sobre sus hombros.

La cabeza inteligente y distinguida de un hombre de cuarenta años, con su frente calva, pero en cuyos ojos se distingue un brillo juvenil, — el de la inteligencia.

Y en fin, el rostro moreno de un hombre de veinte y cinco años, hermoso como el del serafin vencedor, aplastando con su pié la cabeza del demonio.

La pobre Pippione no podría dar nombre á estos seres protectores.

Para ella son de esos seres misteriosos que vemos en nuestros ensueños, tres apariciones, tres genios bienhechores.

Su cerebro, turbado por la calentura, está todavia muy débil.

Pero nuestros lectores habrán reconocido ya á madama Lamouroux, al doctor Ozam y á M. José.

La Pippione duerme y no quiere despertarse, porque teme hacer huir esas apariciones celestiales y volverse á encontrar de nuevo en el lóbrego cuarto de Chinela, tiritando de frio debajo de las raidas mantas de su cama, y en aquella tenebrosa oscuridad que la causa tanto miedo.

Sin embargo, el pensamiento, victorioso en su lucha con la calentura, empieza á sacudir su inercia, y las fibras de su cerebro dolorido comienzan á recobrar su elasticidad.

Con el pensamiento le vuelve el recuerdo, confuso, es verdad, pero bastante claro para poder discernir los menores incidentes de lo que ella cree ser un sueño.

Pesadilla al principio; al fin, vision.

Se ve acurrucada en el desnudo suelo, teniendo entre sus brazos convulsos al pobre Mistigris frio y muerto.

Considerad que para ella este animal era una muñeca, un amigo, casi un hijo.

Como todas las impresiones humanas, el dolor es una cuestion relativa.

La muerte de Mistigris habia sido para esta pobre niña, que no conocia ninguna de las afecciones reales de la vida, tan penosa como puede ser para una madre la muerte de un hijo mimado y querido.

Despues, — y aqui concluye el sueño y empieza la vision, — la bohardilla se iluminaba de repente y un gallardo joven, tan hermoso como nunca habia visto, adornado con